La Avenida Marcelino Davel

Extraído de la nota publicada el 24 de agosto de 2005 en La Mañana escrita por el recordado Juan Carlos "Pucho" Passarini (1929-2015), que vivirá para siempre en su libro "Historias del Abuelo" editado en 2002.

"La vieja calle ancha al cementerio municipal. Según la biografía de don Marcelino, el cementerio estaba separado del pueblo por un terreno anegadizo que se ponía intransitable en épocas de lluvia, al extremo de que para poder pasar era menester dar grandes rodeos y hasta pagar peaje en las quintas vecinas.

Para evitar esos inconvenientes el intendente Davel construyó una avenida, terraplenando y arbolando en varias cuadras de su extensión.

Algunos años más tarde, don Marcelino, anciano ya, tuvo la satisfacción de pasearse por esa avenida que por disposición municipal había sido designada con su nombre.

Asimismo, cabe recordar que a partir de 1913, durante varios años las aguas cubrían el sector de acceso a la necrópolis y los muertos eran llevados en botes.

Tras su fallecimiento en 1906, su familia, por intermedio del diputado nacional José M. Grau y del señor Guillermo S. Turner, ofrecía al intendente municipal don Bruno García, una placa de bronce con la leyenda "Avenida Marcelino Davel 1822-abril-1922".

La lámina debía ser colocada en el inicio de la avenida que conduce al cementerio frente a la calle 19.

La ceremonia tuvo lugar el 20 de abril de 1922, día que se cumplía un siglo de su natalicio. En ese acto el intendente García manifestó que el homenaje continuaría con la colocación de un busto del recordado benefactor don Marcelino Davel.

El 23 de mayo de 1923 tuvo lugar públicamente la inauguración oficial del monumento a don Marcelino Davel, colocándose el busto en la pirámide de la avenida y una nueva placa de bronce con la leyenda: "El pueblo y las autoridades de 25 de Mayo, al progresista hombre público y ejemplar ciudadano Don Marcelino Davel, 1863-1894". Fechas que indicaban el principio y el fin de su actuación pública. La leyenda de la placa fue redactada por el entonces diputado nacional don José M. Grau, miembro de la Comisión de Homenaje a Davel.

Algunas de las primeras familias que ocuparon viviendas con frente a la Avenida Davel fueron los Basso, Sali, Mosconi, Gatti, Barbá y Mazzotta".

VÉRTICE CULTURAL "RAMON ISMAEL BARBÁ"

Boletín de Distribución Gratuita.
Registro de la Propiedad Intelectual en Trámite.

Directora: NORMA J.BARBA
Diseño Gráfico: Mariana Muriago
Impreso en Autotipía Gráfica

Todos los Boletines de Vértice Cultural están disponibles en www.museodelcarnaval25.com.ar

Vértice Cultural

Ramón Ismael Barbá

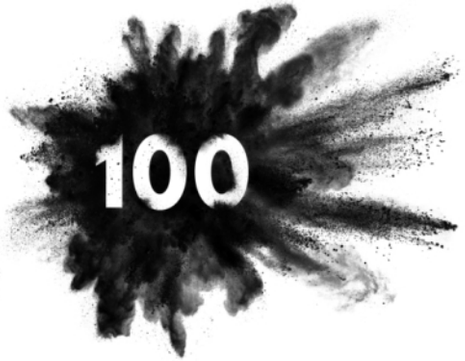
9 y 304, Veinticinco de Mayo (PBA) • E-Mail: vertice.barba25@fibertel.com.ar
www.museodelcarnaval25.com.ar • Tel. 02345.15.68.6630

Boletín de distribución gratuita.

julio - agosto 2020

100

CIEN



Hemos llegado finalmente al número 100 del Boletín de Vértice Cultural.

Según la mitología griega, Palamedes inventó los números, las medidas y los pesos, y nadie duda que toda la vida del hombre gira alrededor de la disciplina de los números.

Como dice San Isidoro de Sevilla (560-636) "quita el número a las cosas y todas ellas perecen". Pero ya Pitágoras enseñaba que "Todo es número".

Según explica San Isidoro en el Libro III de sus Etimologías: "Número es una multitud constituida por unidades; pues el *uno* no es número, sino semilla del número. Al número le dio su nombre la palabra *nummus* (dinero, moneda)". (Según otros la palabra número no viene de *nummus,* sino del griego *nomen* que significa distribución). Para San Isidoro el *centum* (ciento) deriva su nombre del griego *canthus,* que significa círculo.

También la mitología griega nos remite a los *hecatonquiros,* gigantes de 100 brazos y 50 cabezas, a los cuales podemos imaginar temibles arrojando 100 piedras al mismo tiempo durante la Guerra de los Titanes.

Al 100 siempre lo relacionamos con plenitud y a veces hasta con lo excesivo. Así Borges decía: "Yo pienso que García Márquez es un gran escritor. Cien años de soledad es una gran novela, aunque creo que con cincuenta años hubiera sido suficiente". Por su parte, la madre de Borges murió a los 99 años.

Cuentan que durante su velatorio, una amiga le comentó: "Qué pena, Georgie; no llegó a los cien". A lo que Jorge Luis respondió: "Señora, qué extraña devoción por el sistema decimal".

En el evangelio de Mateo son 100 las ovejas que componen el rebaño y una que se pierde hace que el buen pastor abandone 99 para buscarla y reintegrarla al número 100.

También en el evangelio de Mateo, parábola del sembrador, la semilla que cae en tierra buena da fruto: uno a treinta, y otro a sesenta, y otro a ciento (cfr. Mt. 13, 8). Al respecto comenta San Agustín:

"De aquí se sigue que el hecho mismo de morir por la verdad, algunos lo afrontan con valentía, otros con paz y otros con alegría. Estas tres actitudes son los tres frutos de la tierra fértil: el treinta, el sesenta y el ciento por uno. A la hora de la muerte, el que piense pasar dignamente de esta vida a la otra, deberá encontrarse en alguno de estos tres niveles."

Celebramos entonces junto a nuestros lectores, y con gran alegría, estos 100 números del Boletín de Vértice Cultural.

"ES EL FIN DEL MUNDO"

El Boletín pasado hacíamos a través de Lucrecio referencia a la peste que asoló Atenas en el año 430 antes de Cristo.

Hoy hablaremos de la Muerte o Peste Negra, conocida en sus comienzos como la Pestilencia o la Gran Mortandad. En octubre de 1347, barcos mercantes genoveses llegaron a Mesina (Sicilia) procedentes de Crimea, con cadáveres y marineros agonizantes. Las víctimas, tras crueles dolores, morían a los cinco días de haberse manifestado los primeros síntomas.

La plaga era la peste bubónica, que se presentaba en dos formas: una infectaba la corriente sanguínea y se extendía por contacto; la otra, más virulenta, de género neumónico, inficionaba los pulmones y contagiaba al respirar. Tan letal era que hubo personas que se acostaron sanas y murieron antes de despertar.

En 1346 se habían oído rumores en Europa de una peste temible nacida en el Asia Central y que había golpeado extensas regiones en China, India, Persia, Siria, Egipto y toda el Asia Menor. Ahora penetraba en Italia por Mesina, Génova y Venecia, en Francia por Marsella y en el Norte de África por Túnez, y se difundía rápidamente por el resto de Europa, España, Italia, Francia y el sur de Inglaterra en 1348; Alemania, los Países Bajos y Europa Central en 1349. Hacia mediados de 1350 casi toda Europa había sido visitada por la Muerte Negra.

Los transmisores eran las ratas y pulgas que viajaban en los barcos. El bacilo causante, hoy conocido como *Yersinia Pestis*, albergado ora en el estómago de la pulga, ora en la sangre de la rata, huésped del insecto, se transmitía en su forma bubónica a los humanos con el mordisco del roedor o la picadura del parásito.

Al no relacionar el contagio con la rata o la pulga, la ciencia médica de la época se demostró impotente tanto en su tratamiento como en su prevención. Los médicos aconsejaron que los suelos se salpicasen con vinagre y agua de rosas, y que con ellos se lavaran las manos, boca y narices. Sahumerios aromáticos purificaban el aire y los ricos eran recetados con compuestos de especias raras y perlas o esmeraldas molidas, tal vez obedeciendo a la teoría de que la eficacia del valor terapéutico guarda relación con el gasto. También en muchas poblaciones se impusieron severas medidas de cuarentena. Hacia fines del siglo XIV la población de Europa se había reducido a la mitad.

Mateo Villani, cronista de la época, creyó que él registraba *"el exterminio de la humanidad"*. Y un cronista de Siena: *"El padre abandonó al hijo, la esposa al marido y el hermano al hermano, pues la plaga parecía herir mediante el aliento y la mirada. Y así perecieron. Y no se encontró alguien dispuesto a sepultar a los muertos por dinero o amistad. Y yo, Agnolo de Tura, llamado el Gordo, enterré a mis cinco hijos con mis propias manos, y lo mismo hicieron muchos otros"*.

Tal vez uno de los escritos más famosos con la descripción del horror vivido sea el prólogo del *Decamerón* de Boccaccio, en el cual los narradores huyen de Florencia a una casa en el campo para evitar el contagio.

Aunque difícil de calcular el número total de muertes, se estima que fallecieron entre 50 y 200 millones de personas. El gran Petrarca no tuvo más que exclamar: *"Oh feliz posteridad, que no experimentarás aflicción tan insondable y que tendrás nuestro testimonio por fabuloso"*.

El insuperable Borges

"Cuando yo era chico solía demorarme mirando al tigre en su ir y venir. Me gustaba su natural belleza de rayas negras y las rayas de oro. Ahora que estoy ciego me ha quedado un solo color, que es, precisamente, el color del tigre, el color amarillo. Para mí las cosas sólo tienen ese color, aunque sean rojas, azules o verdes." Jorge Luis Borges.

EL ORO DE LOS TIGRES

Hasta la hora del ocaso amarillo
Cuántas veces habré mirado
Al poderoso tigre de Bengala
Ir y venir por el predestinado camino
Detrás de los barrotes de hierro,
Sin sospechar que eran su cárcel.
Después vendrían otros tigres,
El tigre de fuego de Blake;
Después vendrían otros oros,
El metal amoroso que era Zeus,
El anillo que cada nueve noches
Engendra nueve anillos y éstos, nueve,
Y no hay un fin.
Con los años fueron dejándome
Los otros hermosos colores
Y ahora sólo me quedan
La vaga luz, la inextricable sombra
Y el oro del principio.
Oh ponientes, oh tigres, oh fulgores
Del mito y de la épica,
Oh un oro más precioso, tu cabello
Que ansían estas manos.

Doña Leonor Acevedo, su madre, comentando la atracción de Borges por los tigres, decía: "Me daba un poco de miedo ese muchacho corpulento, en el umbral de la adolescencia, que no quería irse del jardín zoológico para no abandonar el éxtasis de contemplar el tigre real de Bengala".

Jorge Francisco Isidoro Luis Borges (Buenos Aires, 24 de agosto de 1899 – Ginebra, 14 de junio de 1986) escribió El oro de los tigres en 1972.